

Prólogo

Livie levantó la cabeza hacia el cielo del crepúsculo y arrugó el entrecejo, apretándose el estómago con los brazos.

—Missy, porfa. Quiero pirarme a casa. Va a llover.

—Sólo quieres irte a casa porque va a llover —replicó Missy sin levantar la vista del libro.

Sólo porque estaba en cuarto grado y había sacado cuatro sobresalientes y estaba en el cuadro de honor, Missy le corregía siempre las expresiones. Livie odiaba que lo hiciera, pero, al fin y a la postre, su hermana iba a ser profesora y necesitaba practicar.

Sopló una ráfaga de viento que acabó convirtiéndose en una brisa acariciadora.

—Missy, tengo frío.

Su hermana puso los ojos en blanco y exhaló aquel suspiro tan sonoro que solía soltar cuando Livie la estaba fastidiando. Significaba que Livie era como la peste.

—Diez minutos, ¿de acuerdo? Quiero terminar este capítulo.

—Bueno —dijo Livie haciendo un mohín.

Volvió a coger su toalla y se puso a jugar en la arena con aire ausente, excavando y observando la lenta caída de los granos de arena sobre el suelo. A ella le encantaba el parque, pero no cuando eran los únicos niños que permanecían en él.

Los columpios eran su distracción predilecta. Livie se esforzaba

permanentemente en lanzar sus piernas cada vez más deprisa y con más fuerza para ver si conseguía dar la vuelta completa en lo alto, aunque todavía no lo había conseguido. Su padre decía que era una temeraria; Missy afirmaba que era una idiota; y su madre le advertía que un día se rompería una pierna y que así aprendería la lección.

Era la víspera de Halloween. Livie no era una miedica, pero la semana anterior había visto una película de fantasmas y no quería estar fuera de casa después de oscurecer. La norma es que tenían que estar en casa cinco minutos después de que se encendiera el alumbrando público, pero Livie quería irse a casa «inmediatamente». El sol ya se había ocultado detrás la casa de dos plantas de los Patterson, dejando aquel precioso ribete rosáceo.

—Va, Missy —suplicó Livie.

Su hermana la ignoró, y Livie tiró su toalla. Entonces, se levantó y se dirigió hacia los columpios, situados en el lado más alejado del área de juegos. Ese día no le apetecía volar, así que se impulsó atrás y adelante sin esfuerzo, mientras la furia de las ráfagas de aire le ponía los brazos como piel de gallina. Hojas de color rojo, naranja y marrón revoloteaban por el suelo de aquí para allá, impulsadas por el viento.

Livie prefería la primavera, cuando todo era verde, alegre y luminoso; cuando la niebla no humedecía todas las mañanas, persistiendo a veces hasta la hora de comer. Pero faltaban seis meses completos hasta la primavera. Livie cumpliría seis años la primavera siguiente. Recitó mentalmente los meses: mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre... ¡tenía cinco años y medio! ¡Los había cumplido el día anterior!

Saltó del columpio, y se dio la vuelta para regresar corriendo junto a Missy y contarle el cálculo que acababa de realizar. Se detuvo de golpe.

Missy no estaba sola.

Un hombre estaba hablando con ella. Era realmente alto, aunque no tanto como papá, ni tampoco tan mayor. Iba sin chaqueta. ¿Es que no sabía que uno podía coger un catarro de muerte, si se salía sin chaqueta con ese tiempo? Y se había pintado algo en el brazo con un rotulador azul.

Asustada, Livie empezó a caminar hacia ellos con un cosquilleo en el estómago que la avisó de que algo no iba del todo bien. Missy no parecía asustada, aunque «ella» no había visto la película de fantasmas de la semana anterior. Livie se mordió el labio. No quería comportarse como una llorica, pero quería irse a casa. Inmediatamente. Y si tenía que ponerse a llorar para conseguirlo, pues bueno, lo haría. Cuando se ponía a llorar, Missy cedía.

—¡Missy! —llamó.

El hombre se volvió y la miró, y sus ojos hicieron algo extraño, como si bizquearan. Entonces, agarró a Missy por el brazo.

—¡Vamos!

—¡No! —gritó Missy, e intentó zafarse.

Livie echó a correr hacia ellos.

—¡Suelte a mi hermana! ¡Suéltela!

El hombre levantó a Missy en el momento en que Livie los alcanzaba. No sabía lo que iba a hacer, pero sabía que los extraños no siempre eran amables, y aquel hombre del pájaro azul en el brazo tenía a Missy sujeta sobre su hombro.

Antes de que Livie pudiera agarrar a Missy, el hombre la golpeó. Livie cayó al suelo sin respiración. La boca le sabía raro, como cuando había perdido su primer diente el verano pasado; intentó gritar, pero su saliva le produjo arcadas.

Dio un traspies al levantarse, con las lágrimas nublándole la visión. El hombre tenía agarrada a Missy y atravesaba el césped a la carrera en dirección a la calle.

—¡Papá! —gritó Livie entre sollozos—. ¡Socorro! ¡Socorro!

El hombre malo abrió la puerta de una camioneta negra y tiró a Missy dentro. Cuando ella intentó salir, él la golpeó con algo parecido a un palo grande; luego, corrió hacia el lado del conductor y se alejó en el vehículo.

Missy no hizo ningún otro intento de liberarse.

Livie se dirigió corriendo a su casa sin dejar de gritar.

—¡Papá! ¡Papá!

Su padre abrió la puerta de un tirón con una expresión en el rostro de absoluta preocupación.

—¡Olivia! ¿Qué sucede? ¿Dónde está Melissa?

—¡Se la ha llevado un hombre!

Mamá dio un grito; papá agarró a Livie por el brazo y la metió en casa. Antes de salir corriendo por la puerta, la empujó hacia su madre.

—¡Llama a la policía!— gritó papá, mientras Livie se hundía en la seguridad de los brazos de mamá.

El efímero abrazo tocó a su fin.

Fue la última vez que su madre volvería a abrazarla.

Capítulo 1

El día en que la vida de Olivia St. Martin cambió por completo empezó como cualquier otro.

Introdujo dos muestras en la placa de cristal del microscopio y se inclinó sobre la lente, ajustando el aumento hasta que los diminutos hilos de alfombra adquirieron nitidez. Reconoció el patrón de inmediato, pero analizó todos los puntos de similitud para su informe y los fue anotando en su hoja de análisis. Cuando terminó, utilizó la cámara incorporada del microscopio para fotografiar el patrón, extrajo la prueba con las manos cubiertas con unos guantes de látex y la introdujo en una caja sellada para evitar la contaminación.

Tras firmar el informe, revisó el expediente para asegurarse de que su equipo había terminado de procesar todas las pruebas del asesinato de Camero. Todo parecía en orden, aunque todavía faltaba el informe del ADN. Se había encontrado un pelo de vello púbico ajeno en la víctima y se había remitido a la unidad CODIS [sistema combinado de indexación de ADN del FBI] para que se analizara y se introdujera en la base de datos. Al contrario de lo que se dejaba entrever en las series populares de televisión, el cotejo del ADN era un proceso lento y laborioso, que dependía en buena medida del personal y los recursos disponibles.

A Olivia le encantaba su trabajo y ya había obtenido su recompensa por ello: un año antes había sido ascendida a directora de aná-

lisis de pruebas indiciarias y materiales del laboratorio del FBI de Virginia.

La puerta se abrió, y Olivia levantó la vista cuando entró el doctor Greg van Buren. La expresión adusta de su ex marido la sorprendió: Greg solía mostrarse risueño o meditabundo, rara vez deprimido.

Ella arqueó una ceja mientras cerraba la carpeta del expediente.

—Olivia. —Greg se aclaró la garganta. Bajo sus gafas de montura metálica, sus limpios ojos azules se entrecerraron con preocupación. Se movió con inquietud y bajó la mirada. Algo pasaba.

Olivia sintió una opresión en el pecho.

—¿De qué se trata?

—Vayamos a dar un paseo.

—Suéltalo.

—Vamos, Olivia.

Cuando se puso de pie, las piernas le flaquearon un poco, pero Olivia mantuvo la cabeza alta mientras avanzaba por el pasillo con Greg. Estaban en el último piso del edificio de tres plantas, pero optaron por coger las escaleras en lugar del ascensor para descender a la planta baja.

Fuera, la envolvió una oleada de aire caliente y húmedo. Olivia contrajo la nariz. El forro de algodón de su falda se le pegó de inmediato a las piernas, y venció el impulso de arreglárselo. Nunca se acostumaría a aquellos veranos pegajosos de la Costa Este. Había pensado que una vez que pasara el Día del Trabajo [el primer lunes de septiembre] el tiempo refrescaría; no había habido tanta suerte. Nunca imaginó que echaría de menos las mañanas grises de la península de San Francisco, pero cualquier día cambiaría la humedad por la niebla.

Estudió el comportamiento y la actitud de Greg; sucedía algo muy malo. El estómago le dio un vuelco. Estaba impaciente porque le hablara, aunque bien podría tratarse de algo que ella no quisiera saber.

Pasaron junto a la placa de piedra situada delante del laboratorio del FBI erigida el día que se inauguraron las nuevas instalaciones en el 2003.

«Detrás de cada caso hay una víctima —un hombre, una mujer o un niño— y las personas que la quieren. Dedicamos nuestros esfuerzos y este nuevo edificio del laboratorio del FBI a esas víctimas.»

Olivia rara vez permitía que sus emociones afloraran, fuera en público o en privado, pero aquella leyenda siempre conseguía conmoverla, al recordarle que, detrás de cada crimen, siempre había más de una víctima; que la muerte dejaba atrás a las personas amadas. Familia, amigos y, a menudo, comunidades enteras que lloraban la pérdida, con tanta intensidad a veces, que se asemejaban a una concha vacía, arrasada en su interior. Lo único que les quedaba a los supervivientes era la esperanza de que el culpable fuera castigado por sus crímenes.

—Liv, no sé cómo decirte esto.

Greg dejó de caminar, y los dos se pararon a la sombra del edificio. Pocos metros más allá, unos fumadores holgazaneaban en la zona destinada a fumar. Una débil estela del humo viciado de los cigarrillos flotaba en la quietud del aire.

—No entiendo por qué no alejan un poco más la zona de fumadores —dijo Olivia demorando la conversación.

Greg frunció el ceño.

—Olivia, esto es algo importante.

El tono de su voz hizo que todo el cuerpo de Olivia se crispara. Se volvió y clavó la mirada en el aristocrático perfil de Greg. La cara larga, la nariz cincelada, los ojos hundidos... Greg van Buren —pariente lejano del ex presidente— tenía el apacible atractivo de un niño bien. Era un hombre amigable, tranquilizador.

—Muy bien, entonces cuéntame. —Olivia se esforzó en ocultar su tensión bajo un aire de desinterés.

El dolor nubló la mirada de Greg. También la preocupación.

—Hoy me ha llamado Hamilton Craig.

—¿Y para qué demonios te ha llamado? —Olivia había visto al fiscal del distrito hacía tres meses exactamente, cuando el asesino de la hermana de Olivia había pedido la condicional, que le había sido denegada legítimamente.

Craig se estaba haciendo viejo y había anunciado que se jubilaría al final del mandato en curso.

—¿Algo va mal? ¿Se encuentra bien? —preguntó Olivia.

—Sí, sí, está muy bien —dijo Greg—. Se trata de Hall.

Olivia cerró los ojos. Era incapaz de pensar en Brian Harrison Hall sin sentir emociones encontradas: dolor, lástima, victoria, vacío... Y satisfacción porque Hall estuviera en la cárcel, a donde pertenecía. Y cólera porque no hubiera sido condenado a muerte. Su hermana murió por su culpa; debería haber corrido la misma suerte. Pero el Tribunal Supremo de California abolió la pena de muerte poco después de su condena, así que por períodos de tres a cinco años se examinaba su libertad condicional.

Olivia no se había perdido ni siquiera una de las seis vistas celebradas para examinar la libertad condicional de Hall. Haría lo que fuera por mantenerlo entre rejas.

—¿Qué? —Por fuera, estaba tranquila. Serena y profesional. Por dentro, sus nervios vibraron hasta un extremo insoportable.

—Su abogado pidió una prueba de ADN. La policía había conservado las pruebas, incluidas las muestras de vello púbico. Así que había algo con lo que comparar el ADN de Hall. El juzgado concedió la petición el mes pasado. Y el laboratorio del estado de California presentó su informe esta mañana. —Hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo cortado muy corto—. No sé cómo decir esto sin rodeos. No coinciden.

Olivia estaba segura de que no le había oído bien.

—No entiendo —dijo con lentitud—. ¿Qué es lo que no coincide?

—El ADN de Hall no coincide con la muestra de vello púbico encontrado en el cuerpo de tu hermana.

—No te creo.

El tono de voz de Olivia fue moderado; no así sus palabras, pero le traía sin cuidado. Tenía que haberse producido un error.

«Las pruebas no mienten.»

—Hall será puesto en libertad mañana.

—No. No —dijo Olivia negando con la cabeza—. No puede ser. Mató a Missy. Él la mató. Yo le vi.

Lo dijo con total naturalidad. Ella lo «había visto». Recordaba la camioneta negra. El tatuaje del águila azul; el tatuaje que seguía conservando en el brazo. Su pelo rubio. La camioneta fue su... Las pruebas lo habían demostrado.

Olivia no había sabido nada de la investigación, cuando se llevó a cabo treinta y cuatro años antes. Pero había leído los informes en múltiples ocasiones desde entonces. Se los había aprendido de memoria. Olivia conocía todos y cada uno de los truculentos detalles acerca de lo que Brian Harrison Hall le había hecho a su hermana. Se habían encontrado fibras de las esterillas del suelo de la camioneta en el cuerpo de Missy; y la sangre de ésta había aparecido en el asiento delantero.

Bastardo asesino.

—Hamilton me envió el informe por fax. Lo he leído con detenimiento. Llamé al laboratorio criminal del estado de California y hablé con el técnico que realizó el cotejo. No hay ningún error, Liv.

—No. ¡NO!

Su grito los asustó a ambos. Ella nunca gritaba, nunca levantaba la voz. Greg alargó la mano para acariciarle el brazo.

—Olivia, déjame ayudar...

Ella se apartó con brusquedad.

—Quiero ver el informe.

Antes de que Greg pudiera disuadirla, Olivia se dirigió como un vendaval hacia las puertas laterales y estampó la tarjeta de identificación contra el panel electrónico para volver a entrar en el edificio. Oyó los pasos de Greg detrás de ella cuando abrió la puerta de acceso a las escaleras y mientras subía a toda velocidad los escalones hasta el tercer piso.

Tenía que haber un error. El nuevo abogado de Hall había cambiado las pruebas. Se habían alterado. No eran suficientes para realizar una prueba comparativa. Las muestras se degeneran con el tiempo. Tenía que haber una «razón» para aquella mentira; siempre la había. Hall era culpable. Había matado a Missy. ¡La había matado, maldita sea!

A cada escalón que subía, el miedo y la ira iban creciendo en su

interior. Ira porque no se hubiera hecho justicia; porque Hall fuera a salir por un tecnicismo en lugar de pudrirse en la cárcel; porque se burlara del sistema, y su miserable abogado intentara labrarse una reputación como defensor de asesinos.

Entonces apareció el miedo. Un miedo intenso y paralizante que removió algo en lo más hondo de Olivia; el miedo a que Hall fuera inocente. A que el asesino de Missy anduviera todavía suelto. A que siguiera matando niñas, y destrozando familias, y rompiendo corazones.

Y todo sería culpa suya.

Se tambaleó, interrumpiendo su paso enérgico y resuelto, y extendió el brazo en busca de apoyo. Cuando tocó la pared, la mano le temblaba.

Greg la alcanzó en el pasillo exterior del laboratorio de ADN.

—Olivia, detente.

Ella se sentía incapaz de mirarlo, temerosa de que sus ojos traicionaran la violencia de sus sentimientos.

—Estoy bien.

—No, no lo estás.

—Sólo necesito ver las pruebas. —Pronunció cada palabra con cuidado, claramente, con las mandíbulas apretadas.

—Estás temblando.

—¡Enséñame el maldito informe!

Olivia respiró profundamente y se mordió la cara interna del carrillo para controlar sus emociones. Recobró la compostura recurriendo a toda su fuerza de voluntad y volvió el pálido rostro hacia su ex marido.

—Lo siento —dijo—. Ha estado fuera de lugar. No debería descargar mi frustración en ti.

No perdería el control delante de Greg; Olivia St. Martín no perdía el control delante de nadie.

Ni siquiera ante sí misma.

Greg abrió la boca para decir algo, y Olivia se armó de valor para defender su postura profesionalmente. Después de todo, era una profesional capaz de analizar objetivamente las pruebas; de ver la verdad

contenida en los hechos, y de presentarlos con claridad y concisión a sus iguales o ante los tribunales.

Y podía hacerlo en ese momento.

Greg cerró la boca y utilizó la llave maestra para abrir la puerta del laboratorio.

—El informe está en mi mesa.

Capítulo 2

El detective Zack Travis se pellizcó el puente de la nariz como si reprimiera las lágrimas. Pero los que lo conocían se hicieron a un lado. El intenso pulso de su cuello apenas traicionaba una furia contenida, una ira que hervía a fuego lento bajo la superficie, una fuerza tangible que irradiaba del cuerpo correoso de Zack.

No había nada peor que el asesinato de un niño.

El escenario del crimen había sido aislado antes de su llegada. Miró a todas partes, excepto al suelo y a la brillante lona azul impermeabilizada con el pequeño bulto debajo.

El cuerpo había sido arrojado en una zona industrial de escasa actividad y llena de desperdicios al norte de la Interestatal 90, cerca de Quest Field, donde, negros e imponentes, unos edificios de acero y algunos bloques de hormigón erosionados por el clima montaban guardia de noche. De día, su deterioro y abandono eran un triste recordatorio de que aquella zona de la ciudad no iba a recuperarse en un futuro próximo, no obstante los tópicos y promesas de los políticos locales y los fondos para la reurbanización destinados por el ayuntamiento de la ciudad. Con los modernos parques empresariales que surgían por doquier en los barrios de reciente desarrollo, las zonas ruinosas se veían impotentes para atraer nuevos negocios. La mitad de las fachadas de los almacenes que Zack tenía a la vista mostraban carteles de «SE ALQUILA.»

El parco alumbrado de seguridad de las puertas delanteras teñía la niebla de un amarillo enfermizo. Esa noche la niebla flotaba a poca altura debido a la cercanía del agua, y el resplandor de las linternas creaba un efecto de hielo seco en el amplio callejón.

Durante los tres años que Zack trabajó en la brigada contra el vicio, habían hecho varias redadas en aquellos almacenes. Las putas desesperadas eran capaces de ir tontamente hasta allí, un lugar tan apartado de las calles relativamente seguras del norte; durante el primer mes como detective de homicidios, había encontrado a dos prostitutas muertas por sobredosis a poca distancia de donde se encontraba la víctima de ese momento.

Respiró profundamente y se puso en cuclillas sabiendo que no había ninguna manera de prepararse realmente para lo que estaba a punto de ver. Apartó la lona.

Ningún niño debería morir, sobre todo en un sórdido callejón de una zona depauperada de la ciudad. Pero Zack determinó de inmediato que la pequeña Jenny Benedict, de nueve años, no había sido asesinada allí. Había poca sangre, y por el número de puñaladas tendría que haber mucha.

No se demoró mirando. Volvería a enfrentarse a la víctima durante la autopsia, pero en ese momento tenía que centrarse en encontrar al hijo de puta que la había asesinado.

—¿Y el forense? —preguntó a su compañero.

—De camino —respondió Nelson Boyd.

Zack suspiró y se frotó la nuca. Boyd era un novato que estaba bajo su responsabilidad, algo que a Zack no le gustaba ni un pelo. Nunca había querido ser oficial de adiestramiento, pero cuando Rucker fue y se jubiló, había tenido que apechugar con Boyd.

El chico estaba todo lo verde que se podía estar, incluidos sus brillantes ojos azules. A Zack le habría sorprendido enterarse de que se afeitaba todos los días. Pero Boyd se había pasado cinco años de uniforme en una tranquila zona residencial de las afueras de la ciudad, y una vez conseguida su placa, había sido trasladado a la gran ciudad. El jefe le había asignado a Boyd, sin duda como venganza porque su ex ligue hubiera tratado de tirarse a Zack en el partido de béisbol en-

tre pasmas y bomberos. El jefe sabía muy bien lo mucho que odiaba ser oficial de adiestramiento.

—¿Qué es lo siguiente, señor?

—Para ya con lo de señor —masculló Zack. Boyd le hacía sentir viejo y le recordaba que su cuadragésimo cumpleaños había pasado hacía apenas unos meses. No es que le importara el número, pero su cuerpo estaba empezado a quejarse de los enérgicos ejercicios de gimnasia matutinos.

Dejó a un lado su frustración y preguntó:

—¿Dónde está la maldita policía científica?

—De camino —dijo Boyd botando. Sí, botando sobre los talones. El desasosiego del chico lo sacaba de quicio, y sólo llevaban dos semanas formando pareja. ¿Cómo demonios iba a aguantar seis meses?

—¿Dónde está el tipo que la encontró?

—El agente Paul lo tiene en conserva en la empresa de electrónica de la puerta contigua.

Zack arqueó una ceja. ¿En conserva?

—Quiero hablar con él. Quédate aquí y mantén alejado a todo el mundo hasta que lleguen los de la científica. —Arrugó el entrecejo. La niebla y la deficiente iluminación harían casi imposible la búsqueda de pruebas, aunque trajeran lámparas industriales de alto vataje. Tendrían que permanecer en el escenario del crimen hasta bastante después del amanecer. Pero si, tal y como sospechaba Zack, el cuerpo había sido arrojado allí, habría poco que buscar.

El testigo, un tipo joven flaco y de cara alargada, estaba sentado en una mesa de secretaria dentro del insulso edificio. Zack echó un vistazo a su alrededor. Aquel podía ser cualquier negocio del montón, las mismas sillas sucias, la moqueta de calidad industrial llena de manchas, las destartaladas mesas metálicas, peores aun que la que tenía Zack en comisaría. Pero los ordenadores de las cabinas que cubrían una de las paredes parecían ser último modelo, y Zack se fijó en un sistema de seguridad de alta tecnología instalado junto a la puerta.

—Travis —saludó el agente Tim Paul, y atravesó la estancia hasta la puerta para que el testigo no pudiera oír.

—¿A quién tienes?

—Reggie Richman, veinte años, empleado de Electrónica Swanson y Clark. Dice que vino a ejecutar las copias de seguridad de los ordenadores, lo que hace dos veces al mes después del horario comercial. Les hace un chequeo. Llamé a su jefe y comprobé lo del empleo y su historia. Lleva dos años en la empresa y asiste a la escuela universitaria municipal de Seattle a tiempo parcial.

Zack asintió con la cabeza observando a Reggie Richman, que se miraba lo que parecían unas manos en constante movimiento. Tamborileaba con los dedos, daba golpecitos con los lápices y hojeaba los papeles sin leerlos. ¿Energía nerviosa o culpabilidad?

—¿Qué ha declarado?

—Qué casi le pasa por encima a la niña con su ciclomotor.

—¿Una motocicleta?

—No, de las que tienes que pedalear. —Paul sonrió y enseguida volvió a ponerse serio—. Vive en un edificio sin ascensor a un kilómetro y medio de distancia, a medio camino entre aquí la universidad. No tiene carné de conducir, aunque sí una tarjeta de identidad del estado de Washington. Dice que fue a clase después del trabajo, pilló una hamburguesa y volvió aquí, probablemente alrededor de las 21.30. No vio a la víctima hasta que no la tuvo a pocos centímetros delante de él. Entró en el edificio y llamó al 911. La llamada se registró a las 9.40. Urbanski y yo llegamos al escenario del crimen a las 9.55. Cortamos los accesos y aislamos el escenario.

Zack miró su reloj. Las diez y media.

—Gracias. Empezaré aquí, pero te agradecería que cubrieras la puerta.

—Pues claro.

Reggie levantó la vista cuando Zack se acercó.

—¿Puedo irme?

—Todavía no. —Zack se sentó en la silla de patas metálicas que había delante de la mesa. La silla crujió, delatando su edad, y Zack confió en que lo aguantara; no estaba gordo, pero era un tipo grande. Se inclinó hacia delante, más para repartir el peso en la endeble silla que para intimidar al chaval, pero le complació el efecto secundario. Conseguiría la verdad.

—¿Reggie, verdad?

—Sí —El chico rompió un lápiz por la mitad y se quedó mirando los dos trozos de hito en hito con los ojos muy abiertos; entonces, los dejó caer como si quemaran—. Lo siento.

Aquel chico no parecía un asesino, pero Zack no tenía mucha fe en las apariencias.

—Soy el detective Zack Travis, de homicidios. Los agentes me dicen que encontraste el cuerpo y que lo comunicaste por teléfono.

—S-si. Eso hice.

—¿Podrías repasar lo ocurrido? Cuándo llegaste aquí, qué viste, cuando llamaste...

—Esto... claro. Ya lo conté todo. —El chico hizo un gesto hacia el agente Paul, que estaba parado junto a la puerta a unos cuatro metros de distancia.

—Necesito oírte contar cómo encontraste el cuerpo.

—Ah. De acuerdo. —Reggie respiró profundamente y empezó a jugar con una caja de clips—. Supe que estaba muerta, así que no quise, esto, tocarla. Se suponía que no tenía que hacerlo, ¿verdad? Y se suponía que no tenía que hacerle el boca a boca, ¿no es cierto?

—Actuaste perfectamente. Dices que supiste que estaba muerta.

—Sí. Tenía los ojos abiertos y no parecían... ya sabe, como si estuvieran vivos.

—Sé lo que quieres decir.

—Yo, esto, iba montado en mi bicicleta y...

—Tal vez sería más fácil si empezaras por el momento en que te fuiste hoy del trabajo. ¿Cuál es tu horario? ¿Por qué volviste esta noche?

—Me marché a las cuatro, como siempre. Los lunes, miércoles y viernes tengo clases: Ingeniería Informática a las cinco de la tarde, y Programación Avanzada de Bases de Datos a las siete y cuarto. Esta acaba a las nueve menos cuarto. Luego me fui al McDonald's.

—¿Qué comiste?

—Esto, dos Big Mac y un batido de chocolate. —Reggie se dio la vuelta.

Aquel chico no era un asesino. Zack lo supo de manera instintiva. Se había aligerado de los restos de la comida de McDonald al di-

rigirse al edificio. La visión del cuerpo debió hacerlo vomitar. Zack se alegró de que hubiera conseguido alejarse del escenario del crimen antes de echarlo a perder.

—¿Adónde fuiste luego? ¿A casa?

—No, vine aquí. La niebla se estaba haciendo más densa por momentos, y quería terminar la copia de seguridad y volver a casa antes de que los coches ni siquiera pudieran ver mi luz. Los automovilistas no se preocupan mucho de las bicicletas que circulan por la carretera. Ya me han dado dos veces.

Zack asintió con la cabeza.

—Entiendo. —La mayoría de los automovilistas tampoco respetaban a las motocicletas.

—Bueno, el caso es que venía pedaleando por el callejón y allí estaba ella, justo en el medio. De no haber virado bruscamente, la habría golpeado. Me di la vuelta, miré y... bueno, fue entonces cuando supe que estaba muerta. Entré aquí y llamé al 911. Y ese agente vino a la puerta y lo dejé entrar. Yo... esto, la había cerrado con llave porque no sabía lo que estaba sucediendo, ¿sabe usted?

—Hiciste lo correcto, Reggie. Hoy te fuiste de aquí a las cuatro. ¿Cuándo se marcha la gente normalmente?

—Hoy es viernes, y la gente termina antes, aunque el jefe suele quedarse hasta las seis. Si quiere, lo puede comprobar; el último que se marcha pone la alarma.

—¿Estaba conectada cuando entraste?

—Sí. Puedo imprimir un informe.

Zack sabía que estaba entrando en un terreno en el que tal vez necesitara una orden judicial, pero el chico le había ofrecido los informes... Tim Paul estaba allí para dar fe de eso, así que decidió dejarle hacer.

—Fantástico, consígueme el informe.

El chico suspiró, a todas luces relajado, y sus dedos se deslizaron como una bala por el teclado. Un par de minutos después, el informe empezó a imprimirse, y Reggie giró en redondo, cogiendo la hoja de un tirón cuando salió.

Se la explicó a Zack.

—Esto indica que el empleado 109 (esto es, Marge, que es la que se sienta en esta mesa), entró y desconectó la alarma a las 7.04 de esta mañana. Y aquí... ¿ve?, el señor Swanson puso la alarma a las 16.45, pero no se marchó.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Sólo conectó las puertas exteriores. La alarma completa se compone de sensores tanto internos como externos. Se marchó a las 18.10 y entonces puso todas las alarmas. Y este soy yo, el empleado 116, que entró a las 21.40 de esta noche.

—¿A qué se dedica la empresa? —Zack echó un vistazo en derredor sin poder ver el nombre de la empresa.

—Restaura impresoras. Las compramos baratas en grandes lotes a organismos oficiales, colegios o a quién sea; luego, las limpiamos, sustituimos los componentes rotos o desgastados y las vendemos a un mayorista.

—¿Y tu trabajo?

—Yo soy el departamento de tecnología de la información. Me aseguro de que los ordenadores funcionen, de la red, de ejecutar los informes y cosas parecidas.

Todo lo que Reggie decía tenía sentido. Sólo era el tipo desafortunado que se había topado con un cadáver.

—¿Viste a alguien? ¿A pie o en coche? ¿Viste algún vehículo tanto circulando como aparcado?

Reggie negó con la cabeza.

—Este sitio está muerto de noche. —Se puso colorado—. Esto... no quería decir algo así.

—Lo sé. —¡Maldición! El cuerpo no podía llevar allí más de un par de horas.

Había mucho trabajo que hacer. Era viernes; habría poca gente trabajando al día siguiente. Tendrían que localizar a los propietarios durante el fin de semana y ver qué podían averiguar sobre los horarios y las personas que hubieran estado trabajando después de las seis de la tarde. Sería mucho mejor interrogar a la gente al día siguiente, pero no había forma de que pudieran localizar a los cientos o así de empleados que trabajaban en esa parte del polígono industrial duran-

te el fin de semana. Cualquier pista que pudiera tener uno de ellos estaría fría el lunes.

Aunque Swanson, el jefe de Reggie, sería el primero. Luego, seguirían por los edificios más cercanos al lugar donde fue arrojado el cuerpo.

—Gracias por tu tiempo, Reggie. Voy a tener que pedirte que te quedes por aquí un rato más. Pudiera ser que la policía científica tuviera que hacerte alguna pregunta una vez que inspeccionen la zona.

—Sí, señor.

¿Por qué todos los menores de treinta años lo llamaban señor?

—Gracias por tu ayuda.

El escenario del crimen, a unos doce metros de la puerta principal de la empresa de restauración de impresoras, brillaba en ese momento bajo la luz, y la niebla arrojaba un resplandor fantasmagórico. Los de la científica habían llegado. Zack se fijó en que Doug Cohn, el jefe de la unidad, había ido en persona.

Se acercó a Cohn mientras el especialista dirigía prioritariamente a su equipo de tres personas en la comprobación del perímetro de las luces. Cincuentón y casi completamente calvo, Cohn tenía una cara joven y un temperamento tranquilo.

—Gracias por encargarte en persona.

Cohn le quitó importancia al hecho con un encogimiento de hombros.

—Se le da mucha importancia al sueño. —Hizo una pausa—. He oído que se trata de la niña desaparecida.

—No hay una identificación positiva por el momento, pero sí, es ella. —Zack tragó saliva con dificultad. Jenny Benedict había desaparecido hacía tres días, secuestrada a última hora de la tarde del jueves mientras jugaba con sus amigos en un parque de su barrio.

Zack sabía a dónde iba a ir cuando se marchara del escenario del crimen. Era una parada que no quería hacer, pero que no podía evitar.

—¿Testigos?

—Un técnico informático casi se da literalmente de bruces con el cuerpo cuando circulaba en bicicleta.

—¿De noche?

—Realiza copias de seguridad o algo así.

—¿Qué piensas?

—¿Del testigo? No tiene nada que ver con esto. Pero lo tengo retenido ahí. Jura que no la tocó, pero pensé que tal vez deberíais verificarlo.

—Lo haré en cuanto acabe con ella. —Cohn arrugó el entrecejo mientras se ponía los guantes, se arrodillaba junto a la lona y la levantaba—. ¡Dios bendito!

Bajo la iluminación, la piel de la niña aparecía más blanca de lo que debería, y las profundas puñaladas rojas daban fe de su muerte. El ayudante de Cohn hizo unas fotos antes de que éste inspeccionara el cuerpo.

—Lleva muerta al menos doce horas, supongo que incluso más. Tal vez unas veinte. Probablemente podamos precisar más la hora a partir de la autopsia. Diría que se desangró hasta morir; parece que una de las puñaladas le alcanzó alguna cavidad del corazón. Gil podrá darte una relación exacta de las heridas. —Gil Sparks era el forense.

Cohn levantó la falda del cadáver. La niña no llevaba bragas.

—Prueba externa de agresión sexual.

Inclinó la cabeza a un lado.

—¿Qué es esto? —dijo Cohn casi para sí.

—¿El qué? —Contra su voluntad, Zack se acercó un poco más.

—Parece que le hayan cortado una parte del pelo. Sus buenos dos centímetros y medio, hasta el mismo cuero cabelludo, y con tijeras.

—¿Se llevó su pelo? —Zack sintió que se le cerraba la boca del estómago. Un enfermo hijo de puta. Y los enfermos hijos de puta no se detenían con la víctima.

—Eso parece, a menos que sus padres tengan algo más que decir al respecto. Puede que se lo cortara ella misma, o que se lo hiciera una amiga... —La voz de Cohn se fue apagando poco a poco. No se creía lo que estaba diciendo más de lo que se lo creía Zack.

—¡Mierda! —dijo Zack frotándose la cara con una mano. Estaba a punto de hacer otra pregunta, cuando Cohn farfulló:

—¿Qué es esto?

—¿El qué? —preguntó Zack agradeciendo que Cohn le hubiera cerrado los ojos a la niña. «Descanse en paz.»

—¿Ves esas marcas?

Cohn estaba señalando el antebrazo de la niña. Al principio, Zack no pudo ver nada; luego, unos cuantos puntos pequeños con la forma de unas extrañas comas se hicieron evidentes bajo la luz.

—No tengo ni idea de lo que pudo causar esas marcas —dijo Cohn—. Hablaré de ello con Gil. Hay al menos una docena de pinchazos pequeños, pero sin duda fueron hechos post mórtem. Tal vez con algo utilizado para transportarla, pero es sólo una suposición.

Al menos, era algo que podía relacionar al asesino con la víctima.

—¿Algo más que puedas decirme antes de que vaya a ver a sus padres?

—Sólo lo que estás pensando.

«Asesino en serie.» Una víctima, y Zack ya se temía lo peor. Pero fue la manera de prepararlo todo, las cuchilladas y el pelo desaparecido lo que le dijo que el asesino volvería a atacar.

—Espero que nos equivoquemos.

—No nos equivocamos.

Zack se alejó del escenario del crimen, dejando a la víctima en las manos competentes y sensibles de Doug Cohn.

La niña de nueve años Jenny Benedict había desaparecido hacía tres días, y su madre había temido que fuera obra de su ex marido. La víspera habían localizado a Paul Benedict en una planta de laminación de acero de Pennsylvania, donde trabajaba; el hombre ignoraba incluso que su hija hubiera desaparecido. Si no había respondido a las llamadas telefónicas de su esposa era porque se había retrasado en la pensión alimenticia.

Zack llamó a un psicólogo para que se reuniera con él en casa de los Benedict. Una niña había muerto. Pensó que las cosas no podían empeorar.

Se equivocó.

Tres semanas después, desapareció otra niña rubia, y Zack supo con certeza que tenía un asesino en serie entre manos.